

SAN JUAN DE SAHAGÚN EN LA CATEDRAL DE MÁLAGA. HISTORIA E ICONOGRAFÍA.

Quintín Calle Carabias

San Juan de Sahagún es un santo muy de su casa. Por eso extraña tanto verlo fuera de ella. Patrono de Salamanca, es poco conocido en la provincia y sus fieles devotos en la ciudad se reducen casi a los de su parroquia.

Su vida, en cambio, forma parte de la historia de la ciudad del Tormes, aunque no de forma evidente. Hay que investigarla y tal empresa excede a las posibilidades de la mayoría. Así, dos de las calles salmantinas más tradicionales (Pozo Amarillo y Tentenecio) están ligadas al santo, como lo está su segunda gran plaza, la de Los Bandos, e incluso una plazuela, la del Corrillo. Nadie que se precie de conocer aquella ciudad desconoce estos lugares, hoy tan del centro.

S. Juan de Sahagún vivió en el siglo XV. Aunque no se sabe muy bien cuándo nació, se da por cierto que fue en Sahagún de Campos (León) y que su juventud transcurrió en el célebre monasterio benedictino de aquel lugar. Cómo pasó luego a la Orden de San Agustín es cosa que exige estudio y, no siendo objeto de este artículo, queda pospuesto por ahora.

Si su nacimiento está en penumbra, así quedó su azarosa muerte. Y su canonización fue toda una aventura.

Murió en 1479, al parecer, envenenado por una «manceba enamorada y adúltera, con su furia de hembra en celo y vengativa...», según refiere el profesor Cortés Vázquez¹. Desastroso final, pues, si bien, para D. Luis, la mujer, contra su voluntad, «dio el pasaporte celestial a un santo», según el conocido adagio portugués: *Deus escreve direito por linhas tortas*.

Tres hechos extraordinarios (milagros) jalonan su vida y dejan huella en Salamanca. El primero, relacionado con la calle que va de la catedral al río, en cuyas riberas tradicionalmente pastan las reses (el toro es animal emblemático de la ciudad) y se celebran las ferias de ganado. Un día, un eral desmandado pudo haberse llevado por delante a un niño que en ella jugaba, de no haberse encontrado casualmente allí fray Juan de Sahagún. Con un gesto imperativo le conmino: «¡Tente, necio!», y el animal, deponiendo su actitud amenazante, abandonó manso el lugar en dirección al río. Desde entonces dicha calle se llama de Tentenecio.

El segundo ocurre en la calle del Pozo Amarillo, así llamada porque en ella hubo un pozo con brocal de ese color. En su lugar aproximado se colocó luego en

¹ CORTÉS VÁZQUEZ, L.: *Presentación de una ciudad: Salamanca*, Salamanca, Publicaciones de los Cursos de Verano de la Universidad, 1971, p. 25

Quintín Calle Carabias

la pared un relieve del santo mostrando gráficamente lo que en la placa inferior se describe y (con dificultad duplicada) puede leerse:

AVIENDO CAIDO UN NIÑO EN ESTE POÇO, SU MADRE ANSIADA OCURRIO AL BIENAVENTURADO S. JOAN DE SAHAGUN, QUE A LA SAÇON SE ALLO NO LEXOS. LLEGO EL SANTO Y LARGANDO UNA CORREA DEL AVITO, CON MARAVILLOSA ATRACCION CRECIO EL AGUA, RESTITUIENDO AL BROCAL, TRAVADO DE ELLA SIN LESION ALGUNA EL INOCENTE. Y PORQUE, ENTRE LA ADMIRACION AL MILAGRO, LA GLORIA DEL AUTOR EN EL CONCURSO Y APLAUSO DEL PUEBLO QUE LE SEGUIA NO ENSOBERBECIESE AL MINISTRO, CARGOSE POR LA CALLE DE UNA CESTA DE PECES Y DICIENDO A VOCES [«] MIRA EL TONTO [»], DIVERTIA CON APARIENCIAS DE SINPLE ACLAMACIONES DE SANTO. DEVOTA LA CIUDAD DE SALAMANCA, EDIFICÓ A LA SANTA HUMILDAD DE SU PATRÓN ESTA MEMORIA.

El tercero, de mayor transcendencia y reflejo históricos, se refiere a la pacificación de los bandos en que se hallaba dividida Salamanca. El hecho preciso al que aludimos se circunscribe a la propia ciudad y culmina una larga historia de disensiones sociales que duraban ya más de un siglo. Desde el tétrico enfrentamiento entre el rey D. Pedro y su hermanastro, luego Enrique II de Trastámara, hasta la llegada de los Reyes Católicos al trono, que acabaría con la difícil sucesión de Juan II y Enrique IV, Salamanca –como el resto de las ciudades castellanas– se encontró siempre entre varios frentes. Las sangrientas batallas por la sucesión y las intrigas nobiliarias arrastraban a todos a tomar partido por uno u otro aspirante. La consecuencia de tan prolongado estado de cosas fue la disolución social, que Fernando Araújo describe así: «No parece sino que flotaban en la atmósfera espíritus de discordia que, aspirándose en el aire que se respiraba, inflamaban los corazones en rabioso anhelo de disensión; porque la lucha, que hasta entonces parecía ser indiferente a las clases populares [...], descende a todas las esferas [...]; con la misma rabia con que el noble hería al noble para lograr con el trofeo de su victoria un pedazo de tierra, un castillo o un privilegio, golpeaba el plebeyo al plebeyo por defender lo que cada uno miraba como legítimo [...], era el delirio de la discordia, era el último resplandor de la Edad Media, era el canto de muerte de la caballería, el extor [sic] del feudalismo, el saludo salvaje, pero ruidoso, del mundo que agonizaba al mundo que venía a la vida.»²

En este ambiente tiene lugar un suceso extraordinario que dará pie a la intervención del santo y a la iconografía que lo recuerda. A diferencia de las pasiones políticas anteriores, este suceso se circunscribe al ámbito interno de la vida salman-

² ARAÚJO, F.: *La reina del Tormes. Guía crítico-descriptiva de la ciudad de Salamanca*, 1884; reed. facs. de la Caja de Ahorros y M. de P. de Salamanca, 1984, p. 75

San Juan de Sahagún en la catedral de Málaga. Historia e iconografía

tina, dividiendo a su ciudadanía en dos bandos irreconciliables. La datación histórica del suceso es difícil, si bien a los enfrentamientos que le siguieron suele concedérseles una duración aproximada de un siglo a contar retrospectivamente desde la intervención pacificadora de Fray Juan de Sahagún.

El resumen de los hechos es como sigue. Dos familias notables –los Manzano, parroquianos de S. Benito, y los Enríquez, de Santo Tomé³–, tenían dos hijos cada uno, que eran amigos entre sí. Un mal día, tras el partido de pelota, se enzarzaron en una discusión, de los dichos pasan a los hechos y los Manzano, desenvainando la espada, dan muerte a los Enríquez⁴, huyendo luego a Portugal. La madre de los fallecidos, Doña María Rodríguez de Monroy, salió tras ellos y, encontrándolos, tomó inmediata venganza. Les cortó la cabeza y entró en Salamanca con ellas en sendas picas. Esto le valdría el sobrenombre de La Brava, pero enfurecería a los deudos de los Manzano. Entre la iglesia de S. Benito y la Plaza Mayor había un espacio triangular que servía de demarcación a ambas parroquias y que ninguno de los dos bandos osaba a pisar. En consecuencia, creció un corrillo de hierba que acabaría por dar nombre a tan singular rincón. Plaza del Corrillo se denomina hoy, sin más.

Interminables años duraron las represalias de uno y otro bando y ninguno de cuantos intentaron detenerlos tuvo éxito. Entre ellos, el Obispo, el Cabildo, las autoridades y hasta el Conde de Benavente. Sólo Juan de Sahagún logró su propósito. Y la casa de la calle de San Pedro donde por fin se hicieron las paces –no ha mucho transformada en residencia estudiantil– mantiene aún en las dovelas de su puerta la siguiente frase de Catón: *Ira odium generat; concordia nutrit amorem*⁵. Popularmente se la conoce como «casa de la concordia» o «casa de las paces».

A este hecho responde la iconografía del altarcito de nuestra catedral al santo agustino.

Cómo vino a tener en ella un altar quien carece de él en la propia catedral salmantina, es cosa que me intrigó desde el primer instante. En 1977, recién llegado a estas tierras, vi sorprendido en el trascoro lateral derecho una hornacina con un grupo escultórico compuesto por una figura erguida en medio de varios contendientes armados de espada. Mi sospecha de que no podía ser otro que nuestro santo se vio confirmada al acercarme a la reja que la protege. Desde allí apenas pude leer en la oscuridad «San Juan de Sahagún», escrito en borrosa letra gótica de amanuense.

³ Ambas parroquias se fundaron el mismo año de 1104. La primera sigue en pie, de hermosa portada gótica; la segunda, al lado mismo de la casa hoy conocida como de Doña María La Brava sufrió graves daños en las luchas de Salamanca por defender los derechos al trono de Felipe V (1706). Se mantuvo aún en pie un siglo más, teniendo que ser derribada en 1856 por mal estado. Su función parroquial quedó a cargo del recién construido convento de Carmelitas descalzos, y en lugar de la anterior se erigió la actual iglesia del Carmen, en plena plaza de los Bandos.

⁴ También conocidos como Monroy, segundo apellido materno, por el gran protagonismo de su madre en el desarrollo de la historia. Sobre este hecho y la historia general de Los Bandos, recomendamos especialmente la consulta de VILLAR Y MACÍAS, M.: *Historia de Salamanca*, 1887, tomo II, o libro V de la edición facsimilar de 1973 llevada a cabo por la Diputación de Salamanca.

⁵ Segundo verso del dístico 111 (cf. *Disticha Catonis*, ed. de Boas-Botschuyver, Amsterdam, 1952)

Quintín Calle Carabias

Al principio pensé que algún salmantino influyente habría podido traer a Málaga la devoción a su santo patrono.⁶ Y se me ocurrieron de repente varios nombres. El primero, el del célebre músico Juan del Enzina (1468-1530), organista de esta catedral entre 1508 y 1519 y casi coetáneo suyo. Pero, la modernidad de las tallas y el hecho de que *Johannes a Sancto Facundo* no fuera canonizado hasta finales del siglo XVII me hicieron desechar la idea. Otros nombres me anduvieron rondando la cabeza y por diversos motivos fueron también rechazados. La respuesta cierta y puntual me vino, andando el tiempo, de la mano del padre Llordén (O.S.A.), zamorano de pro y «memoria histórica de Málaga» –al bien decir de la profesora Rosario Camacho–.

Las primeras referencias al santo patrono salmantino en la catedral malacitana son de 1588. Luego, en 1674, y ambas tienen que ver con su canonización. Por esta última fecha ocupaba la sede de Málaga Fr. Alonso de Santo Tomás (1631-1692), de la orden de predicadores y quizá sólo recordado por una cuestión ajena a su ministerio: el embellecimiento de la finca que los dominicos tenían en el término municipal de Churriana, hoy conocida como «El Retiro».

Pues bien, en el resumen del Acta capitular de 4-6-1674, relativa a la inminente canonización del ya beato Juan de Sahagún, dice el P. Llordén: *En 4 de julio de 1674, se leyó una carta de la iglesia de Burgos en que participaba cómo estaba muy próxima la canonización del beato Juan de Sahagún, religioso del orden de san Agustín, y primero canónigo de dicha iglesia y que para que se consiga con más facilidad pide a este cabildo escriba a su santidad. Acordó pedir como se pedía.*⁷

Las gestiones surtieron efecto, pero no sin sobresaltos. El papa Alejandro VIII (1689-1691) proclamó santos el mismo día, 16 de octubre de 1690, a los beatos Juan de Sahagún, Juan de Dios y Pascual Bailón; pero, por uno de esos misterios administrativos, no rubricó con su firma la bula de canonización. Poco después fallecería, el 1 de febrero de 1691, quedando la bula por firmar. Su sucesor, Inocencio XII

⁶ El Ayuntamiento de Salamanca declara patrón de la ciudad a San Juan de Sahagún en 1601, sólo recién beatificado. Tal prontitud –insinúa F. Araújo, con amarga ironía, en la p. 95 de su citado libro– podría deberse a que «el Ayuntamiento parecía no ocuparse, y era natural en una ciudad compuesta casi sólo de conventos, sino de fiestas religiosas y declaraciones de patronato, pensando sin duda así en salvar el alma de Salamanca, ya que tan perdido estaba su cuerpo...». Felipe II se había casado en Salamanca en 1543 con María de Portugal y su matrimonio había traído consigo grandes ilusiones y esperanzas. Su reinado dejó sin embargo un solo dato importante para nuestra explicación iconográfica: en 1587 ordena que todos los estudiantes de la universidad, clérigos o no, usasen sotana. Su sucesor, Felipe III, provocó indirectamente la ruina de Salamanca a la que alude la cita anterior. Valladolid, ciudad a escasos cien kilómetros, no era entonces ni siquiera sede episcopal. Con el traslado de la capitalidad de España a la ciudad del Pisuerga entre 1601 y 1606 se logra la creación de la diócesis y el fortalecimiento de su universidad, a la que tanto profesores como estudiantes quieren ir atraídos por el brillo de la corte y con ellos, la industria editorial y librera. En contrapartida, Salamanca tendría una sede episcopal vacante durante más de cuatro años y se resentiría de la pérdida de sus mejores efectivos. Eso no impidió que en 1608 una Real provisión insistiera en la orden de Felipe II en cuanto al hábito de los estudiantes, a los que se prohíbe andar a caballo y en coche y vestir lujosamente, mandándoles usar sotanilla corta y herreruelo.

⁷ LLORDÉN SIMÓN, A.: *Historia de Málaga. Anales del Cabildo eclesiástico malagueño* (edición póstuma del P. Laureano Manrique), Málaga, Colegio «los Olivos», 1988, número 300, pp. 182-83.

San Juan de Sahagún en la catedral de Málaga. Historia e iconografía

(1691-1700) sería, sin embargo, una de las primeras cosas que hiciera. Su firma data del 15 de julio de 1691, a los nueve meses justos de que el santo fuera proclamado tal. Toda una gestación.

El acontecimiento de su canonización tuvo su natural agasajo en Salamanca, donde se hicieron grandes fiestas, y su reflejo en toda España, irradiado por las distintas casas de la orden agustiniana. La diócesis malagueña no fue excepción. Así resume el P. Llordén el Acta capitular correspondiente: *En 4 de diciembre de 1691, se comunicó que el padre prior de San Agustín⁸ para el día 11 de febrero tenía determinado hacer fiesta de la canonización de san Juan de Sahagún, y convida al cabildo para que haga la primera fiesta, y que como el santo fue colegial y canónigo de Burgos, pretende se traiga a esta iglesia por lo capaz para hacerle aquí la dicha fiesta. Acordó no se trajera a esta iglesia y se haga en la forma que se practicó en la de san Pascual.*⁹

Un año después, el 30 de julio de 1692, moría Fray Alonso de Santo Tomás y tras él se hizo el silencio en torno a nuestro santo patrono. Más de un siglo habría de transcurrir hasta que a principios del XIX el obispo D. José Vicente Lamadrid, a impulsos de su devoción y a costa de su peculio, mande construir el altar y otros tres más en los laterales exteriores del coro.

¿Quién fue este obispo, de tanta importancia para nuestro asunto?

Natural de Potes (Santander) y de gran capacidad intelectual, al acabar los estudios eclesiásticos oposita a la canongía doctoral de la catedral de Ávila, que desempeñaba cuando su S. M. Carlos IV le presenta para el obispado de Málaga. Participa al cabildo malacitano su nuevo destino en carta de 5 de enero de 1800, el cual se apresuró a manifestar tan jubilosa noticia al público con el acostumbrado repique de campanas por tres noches, con toque de chirimías y las correspondientes luminarias en las torres. Su gran celo pastoral y dedicación a la diócesis le llevaron a veces a rozar con el cabildo por una cuestión de límite de competencias. El cabildo elevó sus quejas al rey, pero nada se sabe de su intervención. Suponemos que, estando agónico y convulso su reinado, tendría mejores cosas en que pensar. Sin embargo, obispo y cabildo aunaron sus fuerzas cuando de ayudar a Málaga se trató. Así, en 1806, 15.000 reales dio el primero y 10.000 el segundo para reparar el deteriorado acueducto de San Telmo y pudiera la ciudad resolver su acuciante necesidad de agua.

Pues ese mismo año de 1806, tan significativo para la historia de España por la abdicación del rey y la imposición de José Bonaparte, mandaría el obispo Lamadrid construir a su costa el referido altar a san Juan de Sahagún, como reza el resumen del Acta: *En 7 de noviembre de 1806, propuso el deán que S. I., a impulsos de su devoción a san José, santo Toribio de Liébana, santo Toribio de Mogrovejo, santo Tomás de Villanueva y san Juan de Sahagún, pensaba dotar de ciento cincuenta*

⁸ A la sazón el P. Pedro Llorente.

⁹ LLORDÉN SIMÓN, A.: *op. cit.*, nº 346, pp. 195-96.

Quintín Calle Carabias

*misas rezadas que se habían de celebrar en los cuatro altares de los cuatro últimos que ha hecho construir, treinta el día de san José; treinta a santo Toribio de Liébana, en 16 de abril; treinta a santo Toribio de Mogrovejo, en 27 de abril; treinta a san Juan de Sahagún, el 12 de junio y treinta a santo Tomás de Villanueva, el día 18 de septiembre, para cuya dotación daría treinta mil reales.*¹⁰

Las tallas de los cuatro altares son del artista malagueño Gutiérrez de León, autor de otras tres de la misma catedral.

El grupo escultórico de S. Juan de Sahagún se compone del Santo, realizado sobre peana en forma de nube de la que sobresalen dos ángeles que ocultan su pie izquierdo; a derecha e izquierda del santo, dos figuras de idéntica juventud y vestimenta –una de ellas con espada en posición de rendimiento–, representan probablemente a las dos familias en discordia; y por último, en primer plano a la derecha, una figura de más edad, postrada de hinojos y manos juntas en actitud de total acatamiento, ocuparía el lugar del pueblo que en apoyo de una u otra familia se veía involucrado en la historia.

El conjunto, a pesar de los tres planos en que se sitúan las figuras (superior, el santo; medio, los dos jóvenes; inferior, el anciano), carece de dinamismo. Su disposición en aspa o cruz de S. Andrés le asegura un carácter estático. Aunque puede que sea éste el simbolismo buscado: la andadura ha sido larga, pero al final se ha logrado la paz.

Más curioso me parece, en cambio, la vestimenta de San Juan. A diferencia de la precisión con que el tallista viste a las tres figuras laicas –ricos vestidos de época, con calza, calzón y calceta, zapatos de borla, gola, puñetas, e incluso el de la izquierda con sombrero de alto plumero, distintivo de su rango social–, por ningún lado aparece el menor signo de pertenencia del santo pacificador a la orden de S. Agustín. Se limita Gutiérrez de León a ponerle el hábito estudiantil descrito antes, con beca y –el colmo– dos guantes blancos que penden de su doblez.¹¹ Y se me antoja que es toda una referencia: tres de los cuatro santos alojados en los altarcitos erigidos por el obispo Lamadrid pasaron por las aulas salmantinas: nuestro santo patrono, Sto. Tomás de Villanueva y Sto. Toribio de Mogrovejo. Los tres de uniforme.

Mención aparte merecen los angelitos, cuyas alas brotan, no de la espalda, sino del pecho, y envuelven su rostro a modo de bufanda, o mejor, a juego con la beca del santo.

Con esto queda aclarado un misterio y resuelto un enigma. Con esto quiero sumarme también yo, aunque tarde, al homenaje que con motivo del tercer centenario de su canonización se rindió al santo patrono en Salamanca.

Málaga, 24 de septiembre de 1997, fiesta de La Merced.

¹⁰ LLORDÉN SIMÓN, A.: *op. cit.*, nº 1.468, p. 593.

¹¹ Sobre el hábito estudiantil puede consultarse con provecho: FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. et alii: *La universidad de Salamanca. Ocho siglos de magisterio*, Eds. de la Universidad de Salamanca, 1991, pp. 71 y ss.

San Juan de Sahagún en la catedral de Málaga. Historia e iconografía



Foto 1.— San Juan de Sahagún.